

***China en expansión. La política exterior desde la normalización chino-soviética hasta la adhesión a la OMC (1989-2001)*, de Eduardo Daniel Oviedo**

OVIEDO, Eduardo (2005), *China en expansión, La política exterior desde la normalización chino-soviética hasta la adhesión a la OMC (1989-2001)*. Córdoba: Universidad Católica de Córdoba, Serie Thesis.

El libro que presentamos, denominado *China en expansión, La política exterior desde la normalización chino-soviética hasta la adhesión a la OMC (1989-2001)* de Eduardo Daniel Oviedo, es un texto meduloso de más de 600 páginas, producto de una Tesis publicada por la Universidad Católica de Córdoba. Organizado en nueve capítulos, consta de una lista de Acrónimos, de una Introducción, una Conclusión, un Apéndice de Anexos documentales y una copiosa bibliografía.

Aparte de este abordaje formal pero necesario, debemos resaltar que estamos en presencia de un texto didáctico, que ha sabido transmitir problemas de gran complejidad de manera accesible, que precisa claramente las categorías de análisis y explica con sencillez conceptos imprescindibles; consideramos que es un libro de consulta necesaria no sólo para el especialista sino también para el lego.

Ahora bien, adentrándonos en pro-

fundidad en el análisis, y para comprender mejor su alcance, debemos partir de lo que su autor considera su “posicionamiento”; es decir, como analista de las Relaciones Internacionales. Al formar parte esta área de la ciencia política, el autor ha optado como unidad de análisis por el modelo sistémico, o sea el de sistema político. Este enfoque y esta metodología sustentan el marco teórico de la investigación fundamentada a su vez en bases históricas. La flexibilidad del análisis sistémico le permitió comprender la problemática de la evolución China de un modo integral e interrelacionado y fue, cito, el “camino específico para explicar e interpretar la compleja realidad política contemporánea”.

Advierte luego sobre dos limitaciones en su trabajo: una referida a la imposibilidad de la consulta directa a las fuentes y la otra –en realidad más una autoimposición o posición historiográfica– respecto de acotar sus investigaciones al período comprendido entre

1989 y 2001. Si el análisis se llevase a cabo desde el punto de vista de la historia cultural, estas fechas parecerían arbitrarias, pero desde una historia de las relaciones internacionales, tanto 1989 como 2001 marcan una verdadera ruptura en la evolución de China: 1989 anuncia, para el país, el inicio de la distensión con la URSS (que por otra parte comienza a desmembrarse). Esta distensión ya clara hacia 1991 impulsa a la búsqueda de nuevas estrategias en el plano internacional por parte de China y, simultáneamente, su política interior se ve sacudida ante el peligro de que el ejemplo soviético se extienda a su territorio provocando la caída del régimen. El panorama internacional cambia profundamente: no sólo se produce el ocaso del socialismo real, sino también la finalización de la Guerra Fría por lo menos en los términos en que era concebida entonces, y el fin del sistema bipolar al que sucede el poder hegemónico político-militar de EEUU. En un entrelazamiento inteligente entre política interna y política exterior, Eduardo Oviedo analiza la crisis de legitimación que condujo a los acontecimientos de la Plaza de Tiananmen en la primavera de 1989, crisis dramática que agudizó la extraña paradoja de la China contemporánea: rasgos autoritarios en el interior frente a liberalización hacia el exterior; regresión en el plano político, modernización en el plano económico.

En cuanto a 2001, marca el ingreso de China a la Organización Mundial del Comercio (OMC) y el comienzo de la apertura económica. Esta decisión

del autor de detener sus investigaciones en 2001, es justificada por su aparente resistencia a las tentaciones de la Historia del Tiempo Presente prefiriendo no sobrepasar, en este sentido, la significativa discontinuidad del año 2001.

Como vemos, su elección se basa en la relevancia de esos doce años escogidos -"espacio temporal" en palabras del autor- en los cuales China pasa de *potencia intermedia* a *gran potencia*. Precisamente y desde las primeras páginas, el autor adelanta su hipótesis fuerte: China evoluciona desde una política de consolidación nacional hacia una de expansión nacional pero sin superar el límite de su sistema político autoritario. En pos de la demostración de dicha hipótesis central de la que emanan hipótesis subsidiarias, no descuida -como dijimos- los dos planos de la realidad política: el interno y el externo, indisolubles, por cierto y sutilmente relacionados con la dimensión social.

El estudio de la China contemporánea es un caso singular que genera varios interrogantes al historiador, puesto que la modernización económica no tuvo como consecuencia necesaria la democratización de tipo occidental, tal como sucedió por ejemplo en la evolución propia de los países europeos desde fines del siglo XVIII y a lo largo del siglo XIX. Esta peculiaridad echa por tierra las interpretaciones etnocéntricas ya que, por el contrario, la respuesta a la modernización fue el sostenimiento de un régimen de rasgos autoritarios con un partido único y una ideología única, producto de los avatares históri-

cos y de la ausencia milenaria de una cultura política liberal y democrática. Esto dio por resultado un sistema político-institucional de gran labilidad pero que supo mantener, ante las presiones de la globalización, el equilibrio económico e internacional. En este marco de la globalización económica, la corriente reformista de Deng Xiaoping comprendió rápidamente que China no podía subsistir con una política de puertas cerradas. Y aunque el proceso fue difícil y, por momentos, caótico, pleno de tensiones tanto por parte del partido como de la población (la prueba fue Tiananmen), terminaron aceptándose los términos de reforma económica y dictadura política. La reconstrucción de la burguesía beneficiada por la reforma, la ampliación de las bases sociales del régimen, son explicaciones posibles de la aceptación de un sistema político no necesariamente “amado”, pero sí aceptado (consensuado, dicen otros autores) en aras de la recuperación del orgullo nacional. En esto quizás discrepe mi mirada de la de Eduardo Oviedo, en el sentido de que el nacionalismo chino ha ido en apoyo del proceso y del sostenimiento del Partido Comunista Chino. Esta ha sido una manera eficaz de movilizar a la nación en profundidad y de lograr el sostén de las fuerzas más activas, inclusive en las ciudades y en los medios intelectuales.

Tal acción fue acompañada de importantes hechos históricos internacionales pero de fuerte valor simbólico y real en el plano nacional, como los traspasos de Hong Kong y Macao a China,

que muestran tardíamente al mundo su rechazo a los resabios de dominación colonial de siglos. Otros historiadores ven en esto un resarcimiento del nacionalismo y del antiimperialismo. Para nuestro autor, no es acertado definir la política exterior china como nacionalista, porque al fin –señala– todo país trata de defender su interés nacional en el plano de la política exterior. Y agrega: “Definir el nacionalismo es variable y controvertible”. El análisis meduloso de Nicolas Zufferey en *Le Monde Diplomatique* de octubre de 2004 nos lleva a reflexionar, insistimos, sobre la posición de Eduardo Oviedo respecto del nacionalismo.

Lo cierto es que la recuperación de ambos territorios ampliaron su autonomía funcional, incrementaron a su vez los recursos de poder, modificaron la relación de fuerzas en el este asiático conservando la paz y la estabilidad regionales, condición externa indispensable para mantener la modernización económica. En este proceso, la caída del Muro, como señala Oviedo, también fue favorable al incremento de poder chino y al mantenimiento de su sistema político. Al desafiar la base ideológica oficial, China asumió otras relaciones más estratégicas para sus objetivos. Así, por ejemplo, propugnó una política multipolar y paradójicamente “democrática” (el autor la denomina oligopólica) a nivel internacional. En este sentido, Eduardo Oviedo interpreta, muy acertadamente, que la diplomacia de la República Popular China posee un lenguaje idealista y una praxis eminente-

temente realista. Se trata de un discurso de fuerte contenido ideológico y moral como la proclamación de la coexistencia pacífica, la necesidad de un orden económico y político justo y racional, etcétera. Pero esto contradice la práctica realista de su política exterior donde, por ejemplo, los tratados citados de Hong Kong y de Macao se resolvieron acorde a “los tratados desiguales” tan criticados por ella. Otra declamación que ya ha perdido vigencia y a la cual, no obstante, China apela como una estrategia discursiva, es la división del mundo en socialista y capitalista.

Dichos rasgos aparentemente contradictorios entre un lenguaje idealista y una praxis realista se observan por ejemplo en la relación con EEUU, donde se alterna el conflicto con la cooperación, la asociación estratégica de intereses económicos en la coyuntura y la discordia estructural. Con respecto a este país, luego de un momento de tensión debido a la posición hostil de George Bush al vislumbrar a China como un “competidor estratégico”, los acontecimientos del 11 de septiembre producen un giro cuando pasa a primer lugar la lucha contra el terrorismo y la configuración del “eje del mal” del que China se encuentra excluida. Aún más, China se ve favorecida porque recibe el apoyo norteamericano frente a su lucha contra el terrorismo islámico en el Turquestán oriental. Se abre así un diálogo entre ambas potencias, sobre todo frente a la política de EEUU en Irak, Afganistán e Irán, pero como Oviedo demuestra, no resulta segura para Chi-

na la fuerte presencia de EEUU en el Asia Media y Central.

Comparto con el autor esta lectura, pero mirando hacia el futuro podemos pensar –junto a Roland Lew– que probablemente China se convierta dentro de unos años en la única potencia capaz de rivalizar con los EEUU. ¿Pasará entonces a formar parte del Eje del Mal?

La existencia de 55 minorías nacionales define a China como un Estado multinacional, y el preámbulo de la Constitución Nacional así lo indica cuando dice que “La República Popular China es un Estado multinacional unitario fundado por diversas nacionalidades del pueblo de todo el país”. Sin embargo, la realidad cultural indica la primacía política, poblacional y económica de la nacionalidad Han por sobre las demás nacionalidades, afianzando la hipótesis del “paradigma monocultural”. Algo similar –aunque puede parecer contradictorio– es la cuestión del federalismo: si bien constitucionalmente China se presenta como un Estado unitario, en la práctica las provincias cuentan con amplia descentralización económica, financiera, social y fuertes localismos que generan tensión en la relación política tanto a nivel del partido como del gobierno, entre los poderes central y locales. Las tensiones se han agudizado porque mientras la mayoría Han ha disminuido demográficamente y han crecido las minorías nacionales, el poder político y económico se ha concentrado aun más en manos de la mayoría. Esto se relaciona también con las diferencias regionales: mientras la zona

costera se ha beneficiado de las ventajas del desarrollo que está en manos de la mayoría Han, otras regiones como la Oeste y la central, de predominio de las minorías, se han visto desfavorecidas y se observa una relación asimétrica que ya está contemplada por el gobierno. Apelando al análisis clásico y de vital importancia para la interpretación de las relaciones internacionales, de Pierre Renouvin, Oviedo hace notar el peso de las fuerzas profundas en esta relación entre las fuerzas centrípetas y las centrífugas, entre las minorías nacionales y la concentración política central.

A través de este brevísimo panorama conceptual recogido del libro de Oviedo, hemos querido mostrar que Occidente, durante mucho tiempo habituado a ser el sujeto pensante de la historia de los otros, deberá en adelante repensar su propia historia no como algo excepcional sino como una parte de la historia universal en la que China ha ocupado y ocupa un lugar prominente. Que nunca más se repita lo del Palacio de verano "esa suerte de estremecedora obra de arte desconocida entrevista a lo lejos, en no sé qué crepúsculo, como una silueta de la civilización de Asia sobre el horizonte de la civilización europea".

Judith de Babot